

ct

Ahora que no somos demasiado viejos todavía

de
Jesús Rubio Gamo

(fragmento)

PRIMAVERA

Las primaveras en Madrid siempre son muy cortas. Estaba esperando el otro día, ¿sabes?, mientras volvías a casa, a que terminara la lavadora que no paraba de centrifugar. Ya sé que acaba cuando parpadea la luz roja pero todas las veces me parece imposible. Estoy ahí, al lado, escuchando el rugido, la ropa dando vueltas, la mirada fija en el tambor y yo a punto de todo: de ir fregando los platos mientras, de llamar a un técnico de mantenimiento, de poner agua a hervir, de hacer la cama, de marcar el número de mi madre, de dormir un poco, de poner un temazo o un bolero, de sentarme en el sofá y encender la tele, de escribir un poema, de tomar ibuprofeno, de masturbarme, de leer un libro, de barrer o llamar a una amiga, de mirar las notificaciones de mi móvil, de guardar la ropa en los armarios, de hacerme un zumo, de tumbarme a meditar un poco, de ponerme a pensar, de buscar trabajo.

Pero me mantengo inmóvil, los ojos dando vueltas, la musculatura casi tensa, sin hacer nada y maldiciendo, pensando si la lavadora estará bien, jurando para mis adentros que no puede ser, que la semana pasada no tardó tanto aun a sabiendas de que siempre es igual. Y luego llegan las pausas. La lavadora se queda quieta por unos segundos, parece que ha acabado, que la lucecita va por fin a parpadear, que se desbloqueará la puerta, que aunque me haya levantado más tarde de lo que me hubiera gustado conseguiré que la ropa esté alguna hora tendida a la luz del sol, que le ganaré tiempo a los días del fin de invierno.

Y al final siempre hay un momento de evasión, ahí sentada -sin haber iniciado nada de todo lo que me rozó la mente-, un pequeño viaje, algún divagar, la mirada perdida, imaginando, maneras de empezarlo todo una vez más de nuevo o el pensamiento vuelto atrás, como hacia dentro, la imagen de mi hermano muy pequeño entre los árboles captada por la cámara de mi padre o mi madre relajada en una mecedora ensoñando algo, tal vez lo mismo que ensueño yo ahora cuarenta años después, pero ella siendo mirada, recordada y emulada por los ojos de la niña a la que ahora ya no mira nadie porque tú nunca estás cuando yo estoy y porque perdimos demasiado el tiempo en trabajos temporales para poder salir a bailar otra vez en cinco días y porque siempre acabamos por vomitarlo todo para empezar de nuevo vacíos y porque solía pensar que ya había demasiados niños en el mundo y porque ahora que ya no quiero tener ideas, las primaveras en Madrid se han hecho para nosotros demasiado fugaces.

Y de repente me doy cuenta, el rugido se ha ido, ahora todo permanece inmóvil por un segundo. En seguida la luz parpadeando y el sonido casi imperceptible que anuncia el desbloqueo de la puerta. Me levanto, me acuclillo, y tiro de la ropa hacia afuera y sale toda anudada, tus prendas enrolladas con las mías, las piernas y las mangas retorcidas, estrechándose, como llamándome a tomar una decisión, a tener iniciativa, demandándole acción a mis antebrazos. Lo separo todo con cuidado, nada ha quedado del todo limpio pero sí arrugado, y lo aliso con las palmas de las manos y voy a la ventana y ya no queda ningún rayo de sol proyectado en nuestro patio de luces. Los días son tan cortos todavía. Esta noche cambian la hora, esta noche tiene una hora menos, vas a trabajar una hora menos y yo estaré desvelada una hora menos y a partir de ahora los días serán más largos y estaremos en primavera hasta que el intenso sol de Madrid empiece a hacer imposible que salgamos de casa antes de las seis o las siete que será pronto. Mi madre nunca quiso comprarme vestidos de

entretiempo porque, hija, me decía, al final no te los puedes poner más que tres o cuatro veces cada año.

En Madrid pasamos del invierno al verano casi de golpe. En Madrid las primaveras se marchitan enseguida, languidecen rapidísimo y de las noches obligadas del invierno pasamos casi sin darnos cuenta a las noches elegidas del verano, nuestras flores duran solo unas horas y aunque nos llenan de ilusión se nos derriten entre los dedos cuando vamos a arrancarlas de la mata y vemos siempre con una mezcla de pena y alegría que nos desconcierta la ciudad efervescente y moribunda al mismo tiempo.

Sí, es cierto, en Madrid las primaveras no nos duran casi nada y los bonitos vestidos de entretiempo se quedan cogiendo polvo en los armarios empotrados de nuestros pequeños apartamentos interiores del centro.